

1578

805
617

805
617



ENTREGAS DE
LA LICORNE



16

1961



FUNDADA
POR
SUSANA SOCA

CONSEJO DE REDACCION: SAN JOSE 814
POR LA REDACCION: GUIDO CASTILLO

SUMARIO

HOMENAJE DE

- V. M. GORAN: ELLE N'ESTAY PAS D'UN
MARCEL JOUBRANDEAU: ENLÈVEMENT
JOSÉ BERGAMÍN: PASAJOS DEL RECUERDO
JORGE LUIS BORGES: SUSANA SOCA
JUANA DE BARBOURGO: SUSANA SOCA
JULIEN SUPERVILLE: SUSANA SOCA
JORGE GUILLEN: SUSANA SOCA
CARLOS SARAT ERGANTY: UN RECUERDO DE SUSANA SOCA
LANZA DEL VAISO: A SUSANA
ALVARO ARMANDO YAMILE: PRESENCIA DE SUSANA SOCA
GIUSEPPE LINGARETTI: SUSANA SOCA
HENRI MICHAUX: SOUVENIR DE SUSANA SOCA
ESTHER DE CACERES: CANTO HERIDO
MARIA ZAMBRANO: AUSENCIA DE SUSANA SOCA
HIERBAN SIDERY: "NOUS NE NOUS FERRONS PLUS SUR TERRE"
MARCEL JOUBRANDEAU: RECUERDO DE SUSANA SOCA
EMILIO OBBE: A SUSANA SOCA
ENRIQUE LENTINO: SOLEDAD Y PODER DE SUSANA SOCA
RICARDO PASEYRO: SUSANA SOCA Y SU PODER
GUIDO CASTILLO: TRANSPARENCIA Y MISTERO DE LA POESIA
DE SUSANA SOCA

TEXTOS DE SUSANA SOCA

- ANIVERSARIO
JARDIN HUMIDO
KETONO
KIKEREGARD
"LA NUBE DE LA IGONRANCIA"

PAISAJE DEL RECUERDO

por
JOSE BERGAMIN

“EN un país de la memoria” —paisaje del recuerdo— evocamos el de Susana Soca. Con este título, “En un país de la memoria”, han recogido sus amigos de “LA LICORNE”, sus poesías, en la forma en que ella pensaba publicarlas. Parece que a sus versos puros, les ha dado su muerte trágica plenitud espiritual de claro, profundo sentido. Son bellísimos poemas leves, misteriosos, enigmáticos, y, al mismo tiempo, de simple sencillez. El libro, cuidadosamente presentado, se lee con emoción, con interés, con curiosidad creciente. Es la voz de un hondo poeta, auténtica voz, original, verdadera. Habla suavemente esta voz de lo que es esencial a una vida: misterio del tiempo, del amor, de la muerte. Creencia creadora de palabra estremecida y exacta. Poesía de corazón que expresa, que exprime su decir con clarividencia inteligente. Inteligentísima. Como lo era en ella el don poético que aparece tan aquilatado en sus versos. Raro, muy raro ese don, y ese dominio sin esfuerzo, en la reciente, actual, poesía de lengua española. Entre tanto y tanto “pastichismo” charlatán que ensucia de tinta papeles y papeles, monótonos, iguales siempre, este libro breve de poemas breves, esta voz, este ritmo, esta poesía, es algo excepcional para nosotros, hoy, ahora.

Paisaje del recuerdo, lenguaje del paisaje y paisaje —como diría Don Miguel— el lenguaje mismo. “Intimidad de lejanía”, que dirían los rusos. De allá, de la Rusia más lejana y más íntima, volvía, viajera extraña, como un ave rara, Susana Soca. De allí y de España. La vimos en París, días antes de su terrible muerte. Hablamos y hablamos de su poesía, de España, de Rusia... Venía, volvía de descubrirlas; de descubrir en sus

paisajes sus lenguajes profundos, secretos, permanentes. "En un país de la memoria — que era país de la ansiedad..." (Rusia, España...):

*"Andaba por los países
atenta a seres y objetos
y un signo que yo entendía
me señalaba de nuevo
el camino conocido
camino breve del tiempo.
Un instante bastaba a la segura vuelta
un instante bastaba a matar el espacio:
seres y objetos iban conmigo
adonde llega el repetido sueño".*

País de la memoria, paisaje del recuerdo:

*"Seguramente iba
hacia el país de la memoria:
todo cabía en él.
Sólo el reposo era ignorado
y entraba la alegría
como la sombra entra en el muro
y lo bello era bello en medio del temblor".*

En los tembladerales de sus costas playeras, esta voz, este verso estremecido, tembloroso, debió nacer para poder hablarnos de este modo de los jardines húmedos, del lugar de la dalia, del otoño y la rosa, de los tiempos del mar, de la resina, del pájaro, de la noche... y siempre del tiempo de volver. Muda o sonora naturaleza que despierta en otro mundo suyo interior sus ecos más finos y más hondos. Melodioso acento. Solamente en poetas místicos españoles o flamencos percibimos esa vibración. O en otros poetas misteriosos, como Eluard, su amigo; o allá mismo en sus soledades maravillosas de Carrasco, la voz amiga de la poesía de Fernando Pereda. Parecería que el destino de este querido país, el Uruguay, fuera el de tener en lengua española los mejores y los peores poetas posibles. No diré más ahora sino añadir a este nombre amigo de Pereda, poeta de verdad, otro que se enfadaría justamente conmigo si no lo hiciera, entre paréntesis donde le veo sonreír con su brujuleante afán siempre travieso e imperpetinente: Ricardo Paseyro, raro y puro poeta a su vez. Estos nombres —con el de Ana María Supervielle— están cerca siempre para mí del de Susana Soca, la misteriosa criatura desaparecida, desvanecida en el aire por una muerte que no lo habrá sido para ella, vigilante de un más allá eterno, de

una esperanzada, ferviente confianza en Dios. Versos de creyente poeta. Versos que trazan:

*"El anillo de humo
estrecho y justo alrededor
de aquel país en vano abierto a los países".
"(De aquel país de la memoria
sometido a la ausencia, memorable país)".*

Memorable país, paisaje del recuerdo, "donde habita —también— el olvido". Laberinto —también de amor:

*"Ya la sombra de Ariana, un instante guiada
por el partido bilo de la memoria, llega
al viejo laberinto del poema".*

Esta voz, este verso, me asombra ahora, asombrándome, sorprendiéndome de que antes no lo hubiese sentido tanto en la voz misma del poeta, en su laberíntico hablar, devanadera misteriosa, al parecer confusa y siempre clara, como el palabreo buceador del niño. Esta voz, este verso, esta poesía, lo es de tan delicada urdimbre y fina dicción que su calidad pudorosamente la disimula como si no quisiese siquiera hacerse sonora. Voz íntima, secreta; poesía que es oración, que es rezo, y apenas canto; apenas, tan sólo lo preciso para encantar; para ser pura, esencial, sutil como la voz del aire en brisa o la que se esconde en la sombra sonora de la llama. Y esta imagen viva y mística de la llama de su lenguaje a la par fogoso, luminoso, y oscuro en su centro, en su corazón, nos sale al paso junto al nombre de Susana Soca; llama visible e invisible de su poesía, de su vida callada, escondida: "discreta como el agua que sale de las hierbas". Poesía especial, donde parece, como en su Venecia —"repetido sueño"— que "lo transparente y lo oscuro, se tocan con la mirada".

Todavía recuerdo al poeta, hablándome en París de España. Del rincón madrileño en que vivía, "el último rincón del mundo" en que encontraba paz. Frente al Prado, ante la más noble perspectiva panorámica de la ciudad siempre misteriosa, como ella, y en la que por eso se encontró a sí misma tan a su gusto. Me hablaba de todo: de las gentes, los paisajes, los lienzos de la escuela española, que había mirado con atenta, minuciosa curiosidad: Sánchez Coello, Murillo, Zurbarán, Velázquez. . .

Este libro: "En un país de la memoria", contiene la voz de una poesía rara, excepcional, repito, que debe ser leída, gustada y guardada como delicado presente —regalo— espiritual. Libro en que sigue siendo la poesía (¿hay nada más raro?) "espíritu sin nombre, indefinible esencia".



SUSANA SOCA

Por
Jorge Luis Borges

Con lento amor miraba los dispersos
colores de la tarde. Le placía
perdersse en la compleja melodía
o en la curiosa vida de los versos.
No el rojo elemental sino los grises
hilaron su destino delicado,
hecho a discriminar y ejercitado
en la vacilación y en los matices.
Sin atreverse a hollar este perplejo
laberinto, miraba desde afuera
las formas, el tumulto y la carrera,
como aquella otra dama del espejo.
Dioses que moran más allá del ruego
la abandonaron a ese tigre, el Fuego.



SUSANA SOCA

*Por
Juana de Ibarbourou*

Los *Dii involuti* señalaron a Susana para el ensueño y el drama. Y a pesar del tremendo sufrimiento de los suyos, de la pena infinita de sus amigos, hay que creer que ella murió como debía morir, en su cenit y su drama. De un golpe se la pudo admirar y querer desde entonces, de cerca, en su plenitud. Sobre aquel ser huidizo y delicado se proyectó instantáneamente la luz de la revelación. Fue como tallarla entera en un gran diamante. La vida y obra se desprendieron de toda penumbra, de todo límite de agrupación o selección, para verse en su pureza, extensión y dimensiones, como si de pronto hasta el cielo se hubiera hecho claridad y silencio en torno de su figura.

Susana vivía, a la vez atraía e intimidaba con su encanto frágil y su aparente timidez. Ahora nos causa asombro y crece, se afirma y comienza a dominarnos. Sus poemas tienen una extraña fuerza de inspiración y sugerencia en la entrega de su celado misterio, que se adaptaba a ella como túnica esculpida. “Los términos *descontento* y *exigencia* pertenecen al dominio de la lógica”, pero evidentemente en ella se transmutaron en ansiedad y orgullo. Conocía sus valores y es natural que no se conformase con nada circunstancial, de brillo aparente o precedero.

Su lucha entre “el saber antiguo” y la propiedad de cada hora que transcurría la encerraban irreparablemente entre las extensas fronteras de “un país de la memoria”, en que hubo de vivir de continuo, y así, sólo pasaban apenas unos minutos entre la causa que la impelía a la creación del poema y su exigente realización definitiva.

Susana Soca no fue una criatura en tiempo presente. Su coincidencia estética, su estructura de sueño hacían de ella una evasiva. La afanosa interrogación que la caracterizaba fluía de su contenido anhelo de recién llegada a todo momento que estuviera entregándosele. Su vehemencia interior, su pasión íntima pudieron volcarse en el verso y hacerlo perdurable. Si hubiera prevalecido la evasión de la superficie temerosa y a veces hasta contraída, no tendríamos su obra, porque ninguna otra expresión que la poética le habrían asegurado esta victoria. Aunque nos duela, triunfaron los *Dii involuti* en una estricta sucesión de causas y efectos. Y ya llegamos a la intemporal resurrección de Susana.

1960.

SUSANA SOCA

por
JULES SUPERVIELLE

EN nous trouvant réunis autour de Susana Soca, à la veille de son départ, dans une fête de l'amitié, nous nous disions: ce Montevideo, tout de même, il n'est plus qu'à trente six heures de vol de Paris! Et nous n'avions aucune inquiétude. Il ne pouvait rien arriver de fâcheux à cette aérienne créature, toujours prête à la lévitation spirituelle, elle qui logeait ses merveilles aussi bien dans la poésie que dans l'affection. Elle avait su nous griser par sa présence si rassurante que nous nous sentions à notre tour, aériens et sans le plus léger souci de son sort ni du nôtre.

Mais quel jour est-ce donc? Vendredi? Dimanche? Et tout d'un coup, le passé, le présent et l'avenir qui se mêlent pour ne faire qu'un tout tragique. Et ce journal grand ouvert devant nous et le nom de Susana Soca qui nous saute à la figure! Et aucun de nous, aucun de ceux qui l'entouraient juste avant son départ n'avait su la retenir par le bras pour l'empêcher de partir. Effroyable myopie qui nous cachait ce qui était sur le point d'arriver!

Notre excuse c'est que par delà la vie et la mort, Susana Soca nous souriait de toutes ses grâces et sa profondeur spirituelle comme elle continue à nous sourire maintenant, elle qui aura toujours été pour nous, bien plus une âme invulnérable, qu'un corps exposé à tous les dangers.

SUSANA SOCA

por
Jorge Guillén

Era vida en juventud:
Gracia que nunca se acaba
Para los hombres aún dioses,
Inmortalidad en marcha
Fácil y difícil por
Caminos y trochas hacia
Términos iluminados,
Melodías sobre playas,
El presente era el futuro
Cálido de propia fábula.
Atraían, seducían,
Intactas páginas blancas.
Y una vez...
Muy lentamente
La mano más descarnada
Fue escribiendo una sentencia.
Todo interrumpido, bárbara
Desorientación, caída

Por la más p rfida trampa
Dentro de silencio y tierra
Con profundidad sin nada:
Trunco esplendor de la vida
Que azar absurdo arrebat .
 Crimen? Peor. No hay sentido
Tan impersonal la infamia.

Florenia, Febrero de 1960.

Un recuerdo de Susana Soca

por
CARLOS SABAT ERCASTY

EN tantos años dedicados por mí a la enseñanza, se me hace difícil traer al presente de la memoria, de modo que recobren la virtud vital, a aquellos jóvenes en quienes vertí, con vocacional fervor, lo más bueno de mi tesoro, las pocas semillas válidas que se sazonaron en mis horas de estudio y en mis experiencias directas de la vida. No obstante, algunos de aquellos jóvenes adquieren de pronto en mi evocación un marcado perfil, como si hubiera en el recuerdo de ellos un relieve más vigoroso y, sobre él, incidiese una luz interior más intensa. Son los elegidos por una doble apreciación, correspondiente a dos realidades que confluyen en una sola. Un carácter, y un talento. Es decir, un ser integral nacido para realizarse en una hermosa armonía humana.

Y bien, entre esas almas que la memoria elige siempre para complacerse en su largo historial me detengo hoy, en este mismo instante, en Susana Soca, subiéndola en mí sobre el desgarramiento de la muerte y como por una necesidad de revivirla en una reversión de días ya tan lejanos. Fue ella mi alumna de Literatura en su adolescencia. Y confieso ahora que no sé hasta dónde era posible ser maestro de Susana, sin ser a la vez su discípulo. Aquella enseñanza tuvo mucho de socrática, tal vez, todo. Me aguardaba en su casa de la calle de San José, con toda la lección sabida, y lo que es más significativo, con una abundante cosecha de preguntas, tan sagaces e inteligentes, que a través de ellas, vi y comprobé muchas cosas que hasta entonces me habían pasado inadvertidas. No se trataba de repetir mecánicamente el usado saber de los textos, ni de añadir lo que la crítica, más abierta y más libre, había realizado. Aquello era pensar

todo de nuevo, no por rechazar el conocimiento canalizado, sino por tomar contacto vivo con cada tema, como en una nueva experiencia.

La memoria de Susana era impresionante. Su poder de asimilación consciente, no lo era menos. Cuando a veces, interrumpiendo el diálogo, me extendía yo en una extensa exposición sobre una determinada obra, Susana inclinaba un tanto los ojos hacia abajo, en actitud de concentración, sin perder un concepto fundamental, y se sumergía en un silencio reflexivo, poniendo en su atención una intensidad asombrosa, y cuando yo terminaba mi última frase, ella disponía ya de una síntesis, tan acabada, que no podía menos de asombrarme de esa virtud, en especial cuando el tema le era completamente desconocido. Era entonces cuando los interrogantes le volaban como saetas, certeras en su intención y en su dirección, discriminadamente agudas, y tantas, a veces, que las clases traspasaban la hora convenida. Así, viviendo el conocimiento preparó conmigo sus cuatro exámenes de estudios de Secundaria y Preparatorios, y así logró, a pura virtud y a clara inteligencia, sus cuatro clasificaciones unánimes de "sobresaliente" y es que, con la misma habilidad con que interrogaba, respondía. No porque vertiese excesivas palabras, sino porque las que decía acusaban seguridad y una experiencia crítica que no podría ahora apartarlas de mi recuerdo.

¡Era un lujo espiritual una alumna tan notable!

Cuando Susana rindió la última prueba de Literatura, en Preparatorios, sabiéndome muy inclinado a las culturas de Oriente, y en especial a la de la India, me solicitó un curso completo sobre toda esa zona de poesía, bastante ignorada por entonces en nuestro país. Dado lo sorprendente y extraño de aquellos tipos de imaginación y aquellas formas creadoras del Oriente, tan distintas de las occidentales, Susana iba de sorpresa en sorpresa, y yo no podía menos que admirar aquel poder de adaptación, tan ágil, flexible y profundo, con que todo lo advertía, con que ella misma lograba enriquecer su intimidad, con que comparaba y sumaba valores y les extraía sus herméticas significaciones. No se trataba para ella de fomentar una erudición ostentosa de cátedra, sino de vivir hondas experiencias, de recoger la voz de los siglos allí donde hubiese resonado, de crearse a sí misma al ir escalando, con una labor honrada, las mayores dificultades que puede ofrecer a un espíritu joven, un sondeo cada vez más arcano y vitalizador de la cultura. La veía crecer en virtudes excelsas, la contemplaba en perpetua depuración, apoderándose más cada día de su capacidad de privilegio, apta por ello mismo para un movimiento ascensional que fue siempre la condición señera de su espíritu.

Pero Susana era mucho más que un temperamento intelectual, era mucho más que un estudiante que aquilata las mejores culturas en un plano elevado de pensamiento. Era también un ser emotivo, de afinadísima sensibilidad, pródiga en matices simpáticos y conmovedores, copiosa en sentimientos generosos, dada al estremecimiento interior, movi-

ble en ágiles oleajes por los colores espirituales del corazón. En su fondo poético, nunca separaba la idea del sentimiento. Vivía su vivir en una continua integración, realizaba su ser humano en todo lo humano, como deseosa de redondear su ego hasta formar con él la línea infinita del círculo, para ser en ella punto céntrico, eje de rotación, y crecedor contorno. Realizaba así lo que puede constituir el temperamento ideosensible, es decir, aquel estilo del ser que más se adapta a las exigencias de la alta poesía, cuando ésta apela a todas las vivencias de una bella y trascendente integración. Era dueña, asimismo, de una voluntad un tanto invisible, de una voluntad a lo místico, que trabaja sin cesar en una rigurosa exigencia de catarsis, y no en un vano movimiento de agitaciones exteriores.

Después de tantos años ya fugados, la rememoro como un hermoso ejemplo. El tiempo que siguió a aquellos años en que fui su profesor, afirmó aún más los resaltes de su personalidad. Logró un maravilloso y difícil estilo de mujer, sin una renuncia a su sinceridad, sin ningún censurable engaño, sin descender jamás de su limpia ejecutoria, dándose en ofrenda purísima a quienes la supieron sentir y valorar, comprensiva siempre, excelente en la tolerancia y en el piadoso perdón, dueña de una anchura de alma ejemplarizadora, semejante a una pirámide que no desdén el tacto terrestre de su base, pero que arroja sus rectas ascendentes para rozar con su ápice de luz la luz que desciende de las alturas.

Siento casi como una paternidad de espíritu aquellos años en que fui su maestro, y en que imaginé, seguro de mi profecía, su vuelo magnífico.

¡Y aún diré que su muerte misma tiene no sé qué sentido trágico de la audaz belleza de las alas!

Souvenir de Susana Soca

por
HENRI MICHAUX

PRÉTANT à autrui sa rareté, elle aura circulé parmi nous, paraissant, toujours chercher quelqu'un d'autre, aura parlé avec nous, paraissant attendant de parler avec quelqu'un d'autre; avidement distraite.

Beaucoup l'ont vue, ne l'oublieront jamais, entouragée d'une certaine aura, lumière parfois, parfois présence de plomb d'un destin commandant, qui veut qu'on se le rappelle.

Là était son poème.

Nous l'avons entendu. Nous allions près d'elle l'écouter, presque ininterrompu, inexprimable autrement.

Il lui arrivait aussi de jeter, dans un cahier d'écolier, ou sur des feuilles volantes, hors de lignes, en biais, en enroulements de coquille, sur des pages ne se suivant pas, inlisibles, mais que d'une précieuse voix musicale elle lisait si bien, si magiquement, plus souvent toutefois les reniant, les négligeant, les perdant, les arrachant, quelques poèmes, quelques branches arrachées dans le parc en rêvant. Rarement elle en recopiait un. Elle aimait plutôt par quelque passage en retrouver l'extase, ou celle qu'elle voulait plus spécialement y avoir laissé couler, ou l'extase de leur origine, de leur source alors reparaissant à ses yeux.

Peu ont subsisté. Trop peu.

Allons, il nous faut aller à eux, seuls maintenant, pour retrouver la fuyante présence, qui jamais plus ne se rapprochera.

CANTO HERIDO

por
ESTHER DE CACERES

A Susana Soca.

Y ya no son aquellas flores vivas
de luz violeta,
en jardines intensos y crecidos
como un canto,
como una luz amiga,
sino este tierno ser trocado por la muerte
para mí en amatista
de quieta luz profunda
hija de un solitario espejo herido.

En un silencio nuevo se amortigua
el aire de saetas en el que tú encendías
angustias y preguntas; el aire en que sufrías
tu sueño de una música escondida,
tu sagrada nostalgia de otros días
cerca del Solo Día.

Viene y va tu silencio entre cipreses,
más allá de cipreses
—¡fina música esquiva!—

Y soy yo quien pregunta, quien ansía:
¿en qué inmortal pradera
esmaltada de luz que tú sabías
te veré, entre violetas,
en el último Día?

Sólo responde un cielo
de llanuras intensas
de violeta
y silenciosa luz, en el estío.

Enero de 1959.

"Nous ne nous verrons plus sur terre"

por
SHERBAN SIDÉRY

—*SUSANA, promettez-mois de m'ecrire.*

—...

—*Promettez-moi d'aller à Rome avec moi la prochaine fois.*

—*Ab! Sherban...*

Ce furent à peu près nos derniers propos avant de nous quitter pour toujours. Susana ne me promit rien comme si elle se doutait qu'elle ne pourrait plus rien tenir. J'étais seul avec elle et sa dévouée Marie Darbec dans la voiture qui la conduisait à Orly. Là, Pierre David et Ricardo Paseyro nous rejoignirent. Nous entrâmes dans une salle où les voyageurs étaient censés remplir les dernières formalités. L'agitation, les mouvements du départ, l'affreux brouhaha. Des haut-parleurs donnaient diverses indications. On appelait tel ou tel voyageur. Soudain; "*Allo, Allo, on demande Mademoiselle Susana Soca au bureau 27. Allo, Allo*". La voix répète: "*On Demande Mademoiselle Susana Soca au bureau 27*".

Docile, elle se dirigea vers l'endroit indiqué. J'éprouvais un malaise, une irritation insurmontables. Je protestai, je fis des plaisanteries absurdes, je me répandis en diatribes, je honnis cet "univers de Kafka". Je prétendis qu'on ne la laisserait plus revenir. Mais elle revint et nous dit adieu.

Nous l'accompagnâmes jusqu'à la piste que des barrières peintes en blanc clôturaient. Au milieu, figé à quelques mètres de distance l'enorme oiseau, le vaisseau fatal attendait. Elle franchit seule la barrière (nous n'avions plus le droit de la suivre) et s'éloigna lentement, un grand manteau sur le bras.

Après avoir fait quelques pas elle se retourna et nous regarda. Elle ne sourit pas, elle nous regarda seulement. Puis je ne la vis plus.

—*On dirait qu'elle appartient déjà à un autre MONDE*, murmura Pierre David.

—*Oui.*

Nous nous séparâmes sur ces mots.

Le surlendemain matin, Marie Barbec me réveillait pour m'apprendre, au téléphone, la funèbre nouvelle. Ainsi c'était vrai, ainsi les choses étaient accomplies. Elle le savait en nous quittant et nous le savions aussi. Je ne devais plus revoir mon amie, je ne lui écrirais plus de lettres, nous n'irions pas à Rome ensemble. Comment parle-t-on d'une morte? Que dirai-je?

J'étais son ami... J'ai connu Susana Soca comme peu de gens l'ont connue. Mais l'image que je conserverai d'elle toujours, est-elle valable pour les autres?

Elle ne passait jamais inaperçue. *Ertange, belle, rare, secrète, uimbée de tristesse.* Comme Mélisande elle n'était pas d'ici. D'incomparables mains que de beaux bijoux accabaien... Et la personne justifiait entièrement le personnage. Bonne, d'une bonté catholique, celle qui pleure sur les victimes et pleure sur le bourreau. Je ne l'ai jamais vue indifférente. Sa curiosité, son désir de connaître étaient inépuisables. "Rien de ce qui est humain ne lui était étranger". Elle interrogeait longuement. J'entends sa voix grave répéter les réponses, ce qui au début ne laissait pas de surprendre. Elle psalmodiait votre dernière phrase comme pour ne plus l'oublier. (Et elle ne l'oubliait jamais).

Parfois elle éclatait d'un rire sans gaieté comme si elle découvrait quelque chose que vous y auriez cachée. Étonnamment lucide, c'est à dire sans illusion. Une Hâte terrible semblait la dominer. Il fallait aller à Moscou, à Rome, à Pékin, à Lourdes. Rencontrer Pasternak, Picasso, Ungaretti, Cocteau, un père dominicain. Se dépêcher, courir, lire tous les livres... apprendre le grec, l'hébreu, le chinois... Etudier la psychoanalyse, les mystiques, écrire sa poésie.

—*Mais Susana, que reste-t-il pour l'amitié?*

—*Ab! Sberban...!*

Elle s'affairait, car elle se savait appelée à un rendez-vous capital. Elle à aurait rendre des comptes bien vite.

—*Avant de partir en voyage, je vais chaque fois à l'église.*

Catholique, pratiquante, il ne faut pas l'oublier si on veut avoir d'elle une image exacte, si on veut avoir d'elle una image, si on peut jamais avoir une image juste de quelqu'un.

SUSANA SOCA Y SU POESIA

por
RICARDO PASEYRO

ANTES de partir, la amistad, el dolor, la admiración, la justicia, me llaman a evocar a Susana Soca. Mis palabras tiemblan al pensar en ella, y más, porque nunca han sentido tan miserablemente su pesantez y su pobreza.

Fui, sin saberlo, testigo de las últimas semanas, de los últimos días, de las últimas horas de Susana Soca. Tenía, Susana, tal pudor de su existencia, y necesitaba, de tal manera, en su fragilidad, un halo de distancia, un refugio lejano donde ampararse y aposentarse, que temería yo ser intruso si hablase, en alta voz, aun con vosotros sus amigos, de esa postrera historia de su tiempo efímero. Y sin embargo, nuestros recuerdos estallan a borbotones: ¡y con qué natural ademán la buscamos a nuestro lado, y sentimos su dulce y rara compañía que nos protege y maravilla! Y luego, extática en el aire del mundo que pasa, inmóvil en la marea de los cambiantes rostros fugitivos, vemos, triunfante en la eternidad, la imagen única de Susana Soca. Su muerte la deja intacta, la cambia, al fin, para siempre, en lo que quiso ser: una brizna del universal espíritu. Pocos seres han venido de tan lejos y tan preparados para la eternidad: la vida de su alma es, por eso, la verdadera vida de Susana Soca.

Al hablar de Susana he de hablar, a cada instante, de alma y de espíritu, bien que parezcan, ambas palabras, excéntricas en el lenguaje al uso. Es que si hubo alguna vez, clara evidencia, ha sido la evidencia del alma en Susana Soca. El alma era lo que inmediatamente irradiaba en ella; el alma, que se le salía por los bellos ojos encapotados bajo los largos párpados; el alma que alentaba su fascinadora elegancia y fijaba en el aire, cual destellos, los movimientos de sus manos incomparables.

Todos hemos de tener un alma, menor o mayormente desgraciada —sin la gracia de vencer la inicua gravedad del cuerpo y de la carne—. En Susana Soca la preocupación espiritual lo doblegaba todo, lo limpiaba todo, como si paso a paso y sin cesar la fina punta de su alma fuera abriendo la zona de tinieblas y guardando su contacto sutil, profundo y evasivo con las esencias inmortales.

George Santayana hace decir a un pastor de su admirable novela "El Ultimo Puritano": "Nadie puede reunir todas las virtudes. Nuestro Señor no pudo ser soldado, ni atleta, ni marido, ni amante, ni padre. Ahora bien, éstas son las principales virtudes del hombre natural". Y agregaba, oponiendo el hombre espiritual al hombre natural: "...Ser un hombre espiritual por naturaleza se trata de un trágico privilegio, porque así como el hombre simplemente natural termina trágicamente porque ha ahogado el espíritu, así el hombre espiritual vive trágicamente, porque su carne y su vanidad se quemaron demasiado pronto bajo los rayos ardientes de la Revelación".

La palabra de Santayana es la que mejor conviene a Susana Soca, la que ata y reúne, exaltándolas en una sola, todas sus apariencias y figuras: Susana Soca, mujer espiritual, ser espiritual, personificación misma del ser espiritual, antípoda absoluto del ser natural y su natural vivir. ¡Qué ser coherente con su espiritualidad, Susana Soca! Siempre igual a su razón de existir: su vigilia hizo unánimes —nacidos y gobernados por el alma—, cada gesto, cada pensamiento, cada sueño. Así, en el amor, la amistad, la admiración que concitaba se aliaba una condoliente ternura asombrada por esta criatura inmensamente delicada, portadora de tal agobio de espiritualidad.

¿Cómo soportaba la vida, Susana Soca? Ni un átomo de vulgaridad la ayudó a escudarse contra sus prójimos; y en cambio, en su mundo espiritual la abrasaban trágicamente los rayos de la Revelación. La Revelación, la Revelación del Logos hacedor, la Revelación de su Dios, su obediencia a lo divino y a la iglesia de su fe, han sido la seña capital del destino de Susana Soca. Susana se puso primero en manos de su Dios, y luego, en la poesía, cifró y vio su humano quehacer.

Destino, en la tierra, dos veces trágico, pues, el de Susana Soca. Exaltante destino trágico que ilustra la terrible y sabia poética sentencia de un árabe muy sabio y muy poeta. "La tristeza es el manto de honor con que se visten los que a Dios tratan con respetuosa cortesía".

Vivió soberbiamente vestida de ese manto de honor; estuvo triste porque en el planeta de los hombres vence lo inmundo a lo precioso: era, la fe, su modo de confirmar y adorar lo sublime —era su desafío espiritual al resentimiento del "canibal que codicia su tasajo"—. Dije ya una vez que en Susana la fe era pura espiritualidad. Ni superstición, ni dogma, ni conformidad, ni coraza protectora, ni formalidad estética de un ser pro-

digiosamente sensible a la belleza y a las grandes construcciones intelectuales, su fe era una renovada pura aventura del conocimiento. Por eso emocionaba y rendía a los que no podemos ni queremos, en la fe, seguirla. Para comprenderla, para estar, en el fondo del alma, con ella, nos bastaba que Susana Soca creyese, con San Ambrosio, que "toda verdad, cualquiera sea el intérprete, viene del Espíritu Santo". La verdad de Susana era verdad, como la nuestra, porque es verdad toda manera de ser espiritual —toda manera de ser en que manda el espíritu—.

Susana Soca quiso, constantemente, mediar y testimoniar ante su Dios, ofrendando, por los otros, su vida, su tiempo, su talento, su paciencia, su indulgencia, su fervorosa exaltación de la obra ajena, su apasionada generosidad por los demás se trocaba en temblorosa humildad cuando se entregaba a su obra propia.

Siendo tan poeta, Susana carecía del egoísmo nativo del poeta. La poesía es, a nuestros ojos, un sálvese quien pueda, un salvarse por la poesía, quien la poesía quiere que se salve. Se puede compartir vida y muerte, pero la salvación es la sobrevida, y ése es nuestro asunto supremamente único, supremamente personal. Los artistas están jugándose, más allá de la vida, la persona, lo que queda cuando no queda nada: ¡triste del que se distraiga de esa apuesta ensimismada! El heroísmo del artista es instinto de conservación —superior instinto de conservación de la especie—. Quizá la sola justificación de las generaciones humanas radique en culminar, de siglo en siglo, en un Shakespeare, en un Cervantes, en un Dante, en un Leonardo, en un Velázquez, en un Mozart. ¿Por qué no afirmarlo, nietzscheanamente, en una época en que se trata de suprimir lo soberano en homenaje a lo vil y lo gregario —a los gregarios viles? El egoísmo del poeta es la coraza de diamante de su poesía.

A Susana Soca, criatura en todo excepcional, le faltaba el rudo y vital egoísmo vanidoso de los poetas. Por ello andaba siempre desguarnecida: su palabra no fue su fortaleza sino su segunda manera de entregarse, inerme, a su destino.

Susana era y no podía no ser poeta, y pese a ella, no podía no parecer poeta. Pero su involuntario modo de serlo y parecerlo desorientaba y confundía: le negaron, algunos, la profunda voz poética que tiene. Salvo que también aquí ganaba su pudor y su humildad; su religiosidad gobernaba también su relación con la poesía. Puesto que había encontrado, al rendirse a su Dios, su camino de salud, la poesía, connatural y necesaria a Susana, no podía serle otra cosa que obra humana: con la poesía anduvo por todo nuestro mundo y hasta la muerte.

Para nosotros, aprendices de poeta, ateos y sin iglesia, la poesía es la más alta de las terrestres y celestes labores; para Susana Soca, la más importante de las obras humanas. Al no divinizarla, al no tomarla como escudo y esperanza, sino como trabajo recibido, Susana Soca no menguaba

la poesía, se forzaba, al contrario, a una más vulnerable, más dramática, más desconsolada disciplina creadora. Porque cuando no la engaña la embriaguez de absoluto, esa ansia de eternidad o de infinito que Susana Soca volcaba en su fe, la conciencia de un ser inteligente tiene poco derecho a equivocarse, se halla lúcida y desamparada al juzgar su intento de creación.

Por devoción a la grandeza de la poesía, Susana no se atrevía a creerse poeta. La adivino, insomne y nocturna, haciendo y deshilando sus poemas, extraviándoles en seguida, en un gesto inconsciente de incomformidad y de abandono. Guido Castillo —quien el primero, y con qué bellas y justas palabras— se aproximó a la poesía de Susana Soca, nos ha hablado de esos papeles perdedizos, de esa muerte y resurrección perpetua de poemas en que Susana se demoraba. La poesía, más fuerte que ella, la obligaba, al fin, a reformar, a restituir esos poemas que por humildad, por superior exigencia, había devuelto a la nada. La humildad de Susana, como la de los poetas, se mide a su actitud ante la poesía y su reverencia y respeto al misterio poético. A sus ojos, sentirse poeta implicaba sentirse elegida, y la brutalidad de ese destino la conmovía y la inhibía. Estoy cierto que Susana Soca hubiera preferido abdicar esa privilegiada responsabilidad: acatarla, y por humildad, fue la imperdible y hermosa fatalidad y fidelidad de su destino. Ella lo ha dicho, sencillamente, admirablemente, en la final estrofa de su poema "En un país de la memoria":

*Un canto llega a mi boca
como si nunca hubiera sido mío
escucho sin hablar y alguna vez lo sigo.*

Estos versos la retratan entera en su relación con la poesía. Veámosle con espacio.

Un canto llega a mi boca . . .

He aquí el canto, la poesía, que llega a la boca involuntariamente, un canto que le llega de quién sabe dónde: ella no se reconoce en sus palabras.

*Un canto llega a mi boca
como si nunca hubiera sido mío . . .*

Hay un "como si nunca hubiera sido mío": pese a todo, en Susana se estremece el oculto saber que el canto ha sido suyo. Y se resigna, aunque no siempre, a convertirse en la voz de su canto:

*Un canto llega a mi boca
como si nunca hubiera sido mío
escucho sin hablar y alguna vez lo sigo.*

¿Qué importante palabra está diciendo Susana Soca, qué lección de poesía y de conducta! Escucha en el silencio el canto que ignora si es suyo, el canto todavía errante, canto de Dios o de nadie, quizá no convocado para ella. ¿En qué reconoce, al fin, Susana Soca, que ese canto es el suyo? ¿Y en qué le reconocemos, de verdad, suyo? En que Susana le sigue. ¿Por qué, Susana Soca, que se queda tan maravillada y maravillosamente en silencio, se echaría a cantar si no fuese que el canto se ha vuelto suyo, es, sin remisión suyo?

Susana escribió lo que no podía dejar de escribir. Sus poemas estaban pre-destinados a ser: ninguno vano, superficial, inútil. Diciendo "escucho sin hablar" Susana Soca definía su constante espiritual: la del diálogo silente y despierto, apasionado y ávido con todas las cosas. ¡Qué afán de acercarse a ellas para olvidar lo que están diciéndole a quienes merecen ver y oír! Muchas veces se arguyó que Susana Soca parecía enredarse en los objetos, que las cosas, los hechos, las personas, el aire, la cercaban como un anillo de hierro: es cierto. Susana Soca vivió en una trampa inextricable, maniatada por su ansia de entañamiento, de conocimiento y de comprensión: ése el precio que pagó a su imposibilidad de ser superficial, a su incapacidad para deslizarse como espectadora por las envolturas del mundo.

Recuerdo unos versos de Reverdy que impresionaron mis primeros años poéticos, y me impresionan todavía:

*On ne peut plus
Dormir tranquille
Quand on a une fois
Ouvert les yeux.*

¿Cómo se hubiera quedado tranquila, Susana Soca, luego de abrir los ojos, cómo permanecer tranquila ante la infinita procesión de seres y cosas cuya sola presencia nos cautiva y captura? ¿Cómo no casarse con cada cosa, cómo repulsar su maciza caída en nosotros, puesto que cada cosa que nos incorporamos y se hinca en nosotros está dándole peso a nuestro ser? Susana vivió en perpetuo pleito amoroso con los objetos y los seres, los recuerdos y los sueños: de nada quería privarse, nada quería matar.

*Amor o vebemencia
puesta en mirar las cosas imprevistas
perderme para ballarlas
buscarme luego para no perderlas.*

Versos transparentes, que transcriben su marcha vacilante, intrincada, pero siempre más adentro en la maraña de la vida; versos que revelan el perpetuo vaivén entre su alma y el mundo. De ahí la densidad de sus poe-

mas, ponderosos además del buen lastre que da el haber transcurrido, cada palabra, por el tapiz del pensamiento. La poesía de Susana Soca no describe, pinta o ilustra; en Susana Soca vivir —y por ende, hacer poesía, modo suyo de vivir— es un incesante ejercicio del alma. Naturalmente, entonces, su poesía es muy difícil, y resultará inaccesible a la inmensa mayoría —a los que buscan pasar el rato en la poesía: Susana Soca quería en ella dejar la vida. Su poesía no acarrea lo elemental y no concurre a los barrios bajos de la anécdota o el paisaje exterior. Pero no nos hallamos frente a poemas descarnados, asépticos, fríos, distantes. La fineza de la percepción sensorial de Susana Soca no mondaba los objetos, les iluminaba y espiritualizaba sin disminuirles la sabrosa personalidad física. En su poesía la mirada cumple misión de reina, ¡y qué agudeza para las aromas y para los matices de toda piel y para todos los sonidos del aire!

La estrofa primera de su poema "Desdoblamiento" mostrará, simplemente, la perfecta armonía con que, a beneficio de sus cinco sentidos, Susana Soca infunde alma a un paisaje, guardándole, carnalísima, la figura física:

*Jardines quietos y nunca fijos cerca del mar,
en el aire impecable
donde se mueve el lento olor de la resina
la hierba nueva asoma y ríe
al flanco de la antigua
en la tersura de dos briznas entremezcladas.*

¿No parece que estuviésemos hundiéndonos en ese jardín maravilloso, no parece que sus flores y sus perfumes y sus superficies y sus murmullos, vivísimos y reales, transcurren además en otro mundo? ¡Milagro de la poesía que torna igual y distinto lo que tenía una sola faz!

Oigamos aun el principio de su poema "A las siete la luna", donde elementos reales, bizarramente entretejidos, iluminan un fantástico país:

*Vuelve a su infancia en medio de la escarcha
aquella que tomaba para sí
el esplendor de la reciente noche
y en transitoria casa de espejos recogía
el largo centelleo.*

¿Por qué me detengo a subrayar la palpable y palpitante presencia y presión del mundo exterior en la poesía de Susana Soca? Preveo la leyenda y objeción de intelectualismo, de intimismo, de ensimismamiento onírico (o cualquier otra definición insensata) con que la tacharán los rápidos funcionarios de la crítica.

La poesía de Susana Soca, es, sí, intelectual, porque es inteligente —y no hay buena poesía que no sea inteligente; y es, si íntima, por su

hondo bucear en sí y en las cosas: lo profundo es íntimo, como que tiende a desvelar lo escondido. Y la poesía de Susana Soca sucede a menudo entre sueños, porque la palabra que no sueña no es nunca palabra poética. Aunque inquisidora de su propio ser, aunque vigilante y curiosa en la pesquisa de Susana Soca, aunque espejo de la más dulce y doliente femineidad, la poesía de Susana Soca no se desmorona en lo que apodariamos arrebatos femeninos. Todo está trascendido, acendrado, sublimado; no es el diario de la inmediata vida terrestre, es el trasunto de un espíritu en vuelo. A primera vista sorprendería, por ella, que en los poemas de Susana no se advierte traza formal de su religiosidad. Ella misma lo denuncia en el prefacio de su libro: "La preocupación religiosa, predominante sobre todas las demás —dice Susana— raras veces se revela de un modo directo".

Yo creo que su religiosidad no se manifiesta en el lenguaje de su poesía porque está ya de tal suerte integrada a su vivir que no necesita presentarse explícitamente. Susana Soca sólo habla de lo que inquiere, su poesía no es, ni se pretende, desembarco final, término, descubrimiento puntual, es un peldaño furtivo en la escala del conocimiento del mundo. Lo divino ya lo había encontrado: ¿por qué, entonces hablar de él en sus poemas?

Quiero concluir aquí estas notas dispersas acerca de la poesía de Susana Soca —una de las más profundas y personales de nuestros años en tierras hispánicas—. Citando a Santayana, recordábamos el trágico destino de los seres espirituales. La poesía de Susana Soca es un intento por trascender la tragedia de la vida terrenal. Ahí justamente reside la paradoja de la poesía, de toda poesía, y del destino de Susana Soca, criatura poética si alguien lo ha sido. Porque al fin y al cabo la tragedia del ser espiritual se vuelve alegría incomparable en los instantes —fugaces como el paso del relámpago, pero plenos de una luz para siempre como la de las estrellas—, en que alcanzan a comulgar con lo esencial y con lo eterno. "En mis poemas —escribió Susana Soca— se insinuaba un llamado a la alegría, a cierto esplendor que llega simultáneamente de personas, cosas, paisajes". Ese esplendor nos ha dejado Susana Soca, ese esplendor de belleza con que alegremente combatiremos la sombra, ese esplendor de belleza que ha regalado a la pobre comarca nuestra, cuyo lujo mayor y fulgurante ha sido la vida, inmejorablemente hermosa, de Susana Soca.

Transparencia y Misterio en la poesía de Susana Soca

por
GUIDO CASTILLO

LOS poetas son muy pocos, y los pocos que son, lo son de verdad muy pocas veces. La poesía es un quehacer entre otros, una de las tantas cosas, aunque la más importante y característica, que el poeta hace, cuando puede o cuando lo quiere Dios. Nada más extraño que una coincidencia total, un acuerdo perfecto entre la existencia del poeta y la existencia de su poesía. Por lo común, la obra no coincide enteramente con su creador, no se compasa con él, no acompaña todos sus pasos. Y no importa que la poesía sea la preocupación esencial y el afán cotidiano del poeta: como las divinidades antiguas, ella se complace en presentarse bajo engañosas apariencias, es avara de sí misma y no quiere ser el pan de cada día. Por eso Cervantes, el más grande escritor de nuestra lengua, tuvo que hacer, viejo ya, esta melancólica confesión de sus fracasos poéticos:

*"Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el Cielo..."*

Sin embargo, alguna vez sucede que la poesía se apodera de la totalidad de una persona humana y, al mismo tiempo, se entrega totalmente a ella —en estos casos el poseído es poseedor y perseguidor el perseguido— para iluminarle los gestos, las miradas, el habla, los silencios, para trans-

figurar su voz en la otra voz, su ser en el otro ser, su vida en la otra vida. Uno de esos raros seres fue, probablemente, Virgilio, y también Hölderlin y Gérard de Nerval y Bécquer y Dylan Thomas. A esta misteriosa estirpe de poetas absolutos, de elegidos o condenados por y para la poesía, pertenece Susana Soca. No es éste un vano elogio porque no decimos que esos poetas son los mejores y más grandes, sino, simplemente, los más incondicionales y puros, los más constantes, los poetas que lo son siempre.

Edmond Jaloux ha emitido un juicio sobre Gérard de Nerval que se podría aplicar exactamente a Susana Soca: "Gérard de Nerval, de tous les êtres qui ont vécu, est certainement un de ceux qui se sont maintenus de la façon la plus constante dans l'état de poésie". Susana Soca vivió "de la manera más constante" en ese *estado de poesía*, que es tan extraordinario y absorbente como el estado de gracia. Y porque es imposible habitar en la verdadera gracia sin habituarse a ella, Susana Soca llevaba con maravillosa desenvoltura y naturalidad ese destino misterioso, que a tantos abruma y derriba, como si hubiera realizado sus bodas espirituales con la poesía. Por eso casi nunca hablaba de su propia creación y vivía entregada a las actividades más diversas y preocupada aun por las cosas más distantes, en apariencia, del resplandor secreto y del agua milagrosa que rebosaba su corazón. Esta plenitud poética se asemeja, en cierto modo, a la última etapa de la experiencia mística: la unión transformante, que está más allá del éxtasis o que podría considerarse como un éxtasis tranquilo y permanente. Así lo declara Santa Teresa en los últimos años de su vida: "Y hame dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre me parece estoy soñando lo que veo: ni contento ni pena que sea mucha no la veo en mí. Si alguna me dan algunas cosas, pasa con tanta brevedad, que yo me maravillo, y deja el sentimiento como una cosa que soñó. Y esto es entera verdad, que aunque después yo quiera holgarme de aquel contento o pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo sería a una persona discreta tener pena o gloria de un sueño que soñó". Susana Soca se movía sobre nuestro suelo y respiraba en nuestra atmósfera con esa "manera de sueño en la vida", atenta a todas las cosas y siempre un poco ausente de todas partes, lejana incluso de sí misma, inmune a las dulzuras de su propia dicha y a los tormentos de su propia angustia. Por eso José Bergamín dice que ella, "...aun cercana, era siempre así: intimidad de lejanía. Su muerte misma me parece irreal y como simbólica de esa pureza íntima, secreta y enigmática de su ferviente vida callada. La pienso más viva, mucho más viva que muchísimos vivos que sí me han parecido y siguen pareciendo muertos —aunque se aviven por no serlo. En Susana, su hondo vivir —por su fe— la salva en una presencia de inmortalidad para el recuerdo y la estimación de quienes la conocimos en su vida pasajera, que tan misteriosamente en ella ya se transparentaba de algo perdurable...

"Y ahora, entre su recuerdo, su imagen viva —tan misteriosa e inquietante— y nosotros, se levantan los resplandores invisibles de su muerte, que prestan a su voz otra luz y sombra más puras. Como si esa voz suya extraña, su apuntada risa o súbita tristeza distraída, adquiriesen en nuestro recuerdo un significado más preciso, enigmático, interrogante... Tuvo en vida la rarísima cualidad de parecernos alejada, como sonámbula, estando tan cerca que oía y veía, a su alrededor y a nuestro lado, lo más inaudito e inefable, dándonos como una mágica presencia que transparentaba no sabíamos nunca bien qué, pero algo esencial y profundo: frontera siempre de otro mundo, infernal o divino".

Si no nos acostumbramos al aire raro y sutil de esta duermevela poética y no nos entredormimos o entresoñamos nosotros mismos, difícil será que podamos percibir el misterio transparente de "En un país de la memoria". Misterio translúcido, porque no consiste en averiguar lo que el poeta nos dice de las cosas, sino lo que ellas mismas nos están diciendo, al conjuro de la voz, imperiosa y dulce, que las ha congregado. Lo primero que nos sucede, cuando sucumbimos al blancor mágico de este libro, es que nos invade la floración de todas las cosas: dalias, espejos, abedules, tapices, caballos, rosas, estatuas... y el mar y las ciudades y la muchedumbre de los sueños. Todo florece en los "jardines húmedos" de recuerdos: florecen las flores y florece la fauna; allí está la piedra siempre en cierne y nunca termina de abrirse la rosa del mar. Así se revela, en cada uno de los poemas de Susana Soca, el atributo primordial de la poesía, que es la facultad de llamar a las cosas por su nombre propio, protegiéndolas de la intemperie de la existencia, de los temporales del tiempo, con el calor musical y el abrigo luminoso de la palabra humana. El poeta cumple, de este modo, con el oficio sagrado de bautizar las cosas, lavándoles el rostro de la costra indiferente y común, individualizándolas en su índole inconfundible, nombrando lo innominado, para salvarlo de los limbos de la supervivencia anónima. Por eso dice en "Rosa de todos", primer poema del libro:

*Busco la rosa en medio de las rosas
y la mano en mi mano.*

Esa rosa solitaria en medio de las rosas no es una flor universal y abstracta, aunque sea la "rosa de todos". Se transforma en todas las rosas pero es una rosa imprevista, y único su perfume, su color, indefinible, porque es del color de sí misma. Ella sólo se abre para los ojos del durmiente, que la ve, sin mirar, en los espacios abiertos por la huida de los sueños:

*Soy el que duerme lejos sin figuras
el que no mira y sin embargo ve
súbitamente la imprevista rosa*

*del color de sí misma, nada más
rosa de todos que es la rosa mía.
Entre la orilla clara de sus pétalos
y las moradas islas,
empiezan lentos ríos de colores.
Fulge la aguda la amarilla rosa,
la de clavadas puntas en el humo
que nubla los colores de la llama,
la que retiene el oro en la ceniza.
La grave y roja sale de la noche
aligerada en lilas: lentamente
precede a la mañana;
la moribunda viva rosa blanca
se inmoviliza en un jardín de escarba
y para siempre duramente brilla.*

El alma del poeta, cómplice de la humedad de los jardines, alimenta los fantasmas de las flores y, más allá de la tierra y de los sueños, sale en pos de una flor mística y libre, de la última rosa:

*Salen del sueño apresurados labios
en busca de una flor
y entre la niebla niebla y ya sin aire,
siguen los pasos de una libre flor.*

¿Será esta flor en libertad "la flor sin nombre de flor" que Susana Soca menciona en "Busco el color del mar"? El mundo cabe en esa pura flor sin nombre que el poeta respiró en los días de una antigua inocencia; y para alcanzar la nueva inocencia, la nueva enajenación del perfume insondable, la caminante solitaria debe atravesar el "escondido país" de la memoria, "sometido a la ausencia", "memorable país". Sólo el pasado quedó atrás del poeta, pero no la memoria de ese pasado. La memoria se extiende en el futuro, despliega delante de los ojos sus múltiples horizontes simultáneos —unos cercanos como un golpe, otros lejanos como un grito—, y ofrece mil caminos a los pasos, abre y cierra mil puertas. El viaje hacia el pasado fue el único futuro que se le ofreció a Susana Soca, en una larga etapa fundamental de su vida, cuando se decidió a salir al encuentro de sí misma. En este extraño viaje paradójico la partida es un regreso y la ascensión una recaída, lo conocido es misterioso y las cosas muertas se visten de un nuevo esplendor:

*"Busco el sabor antiguo de las bojas
que cien veces gustado
rodeaba el cuello joven, y tibio como el ámbar
de nuevo sorprendía.*

*Regreso a la arboleda
y el perfume camina en lugar de mis pasos
y la transporta y la abandona entera
cada vez más secreto, acaso a medianoche
entre las piedras vuelve a encender el silencio.*

.....
*Alguien me dejó sola delante de las hojas
como delante de una muerte que no fue mía
y empecé a caminar buscando nuevos nombres
para las mismas hojas.*

*Si respirara en ellas nuevamente
la inocencia del gozo y la melancolía;
Si respirara en ellas
de una violenta vida anticipadas muertes,
me acercaría a la resina viva.*

*Pero yo estoy de pie
en el sendero corto atravesado
por un tronco marchito como una vieja seda,
sin llegar a las hojas".*

("Tiempo de la resina")

Buscando identificarse de nuevo con aquella cabeza de niña, que, erguida sobre su cuello, asomaba entre las hojas, como una flor, Susana Soca siente que, en lugar de sus pasos, es el perfume el que camina transportando la arboleda, para hacer más íntimo el regreso. Pero ya no hay nadie entre el follaje, y una mano secreta —divina, acaso— la dejó sola delante de las hojas, que, siendo las mismas, ya no pueden rodearla como antaño. Y así, recorriendo arboledas y calles ya recorridas, entrando en viejos cuartos y tocando antiguas cosas, el poeta se encuentra ante su propia ausencia como delante de una muerte ajena. Todo está como antes: allí están las flores, las hojas, las sedas, los espejos que la niña miraba y tocaba. Sólo la niña no está.

La poesía de Susana Soca se alimentó de los perfumes, los colores y los sabores de la memoria; y la memoria fue su mayor tormento. La memoria le dio la vida, rodeándola de muertes sucesivas, multiplicando su soledad con los fantasmas de su propia historia:

*"Vino conmigo la cámara,
me persiguieron las cosas
o acaso vine a buscarlas
en la tarde enceguecida*

*de las conjeturas falsas
y los adioses ficticios.
Ya las cosas preservadas
y disjuntas me siguieron.
Conmigo se desplazan
enteras y con su tiempo
en el tiempo mío, exactas.*

.....
*Me persiguieron las cosas.
Fidelidad que no basta
por años viajó conmigo
más cruel que la inconstancia
cada noche sufrió muertes
que a las otras se sumaban.*

.....
*En la cámara cerrada
he jugado con los monstruos
para que me devoraran
sin prisa, cuando los juegos
de repetidas infancias
para respirar en ellas
ni siquiera me bastaban.*

*Húmedo reino o apenas
brocal de flor disecada
dueña de esencias durables
para la abeja que labre
las más fieles pesadillas,
mi juventud cara a cara
vio la muerte y era muerta
de estupor”.*

En esta búsqueda, que es una huida, Susana Soca sabe que, para encontrarse a sí misma, debe salir de sí misma; que es preciso enajenarse para ensimismarse de veras. Pero, mientras tanto, no puede escapar de la terrible preservación, de la cruel fidelidad de las cosas difuntas, ni puede transponer definitivamente la puerta de una habitación, abandonada hace muchos años, que la mantiene prisionera y la separa del mundo, con sus cuatro paredes espectrales, o que, acaso, contiene y contamina el mundo, convirtiéndolo en la más cerrada de las cámaras y en la más estrecha de las prisiones. Oprimida así por la estrechez de su habitación lejana y por la inmensidad de su mundo, próximo y lejano, la niña cautiva, la mujer —siempre niña cautiva—, rompe las mágicas rondas protectoras de los

juegos infantiles, para jugar, indefensa, con los monstruos que esperan, solícitos, en los rincones sombríos, en las penumbras del sueño. Sólo la inocencia que se entrega a la voracidad de los monstruos, al delirio del abismo y a la avidez de la muerte —la inocencia del poeta y la del santo—, puede domesticar a los monstruos, flotar sobre el abismo y levantarse sobre la muerte. Y si Susana Soca, ya en su infancia, pudo vencer a los monstruos de "las más fieles pesadillas" —después de haber sido lentamente devorada por ellos— fue porque su vida, como escribí en otra oportunidad, se reveló, desde su niñez, como una existencia determinada por la poesía. La poesía es el territorio que le fue asignado para sus inocentes encuentros esenciales con lo divino y con lo humano, su punto de reunión con Dios y con las cosas. Por eso ninguno de sus poemas se limita a ser un procedimiento, una manera, más o menos nueva, de expresar lo que podría ser expresado de otro modo, sino que cada uno de ellos se manifiesta como un puro hacer que depende de un puro encontrar o recordar, de un hallazgo absoluto. La inocencia de esos hallazgos en lo secreto hace que su lenguaje tenga siempre un evidente misterio y, a veces, un aparente hermetismo. Digo que el hermetismo es aparente porque no es voluntario, porque no se origina en el propósito de hacer hermético lo que no lo es. Por el contrario, Susana Soca pertenece a esa estirpe de poetas cuya sabiduría está al servicio de la inocencia. La sabiduría entrega y, a la vez, protege lo intacto y escondido. En esta poesía sensorial y pensativa las más diversas y extrañas sensaciones están penetradas por una meditación constante. Y la atmósfera donde se movieron y respiraron habitualmente los sentidos, las emociones y los pensamientos, lo cercano y lo lejano, fue, durante mucho tiempo —durante muchos poemas—, el aire de la memoria. En la memoria —más que en la percepción o el entendimiento— el mundo aparece como mundo; allí están reunidos el horror y la dulzura, los hombres y los fantasmas, la realidad y el sueño, la proximidad y la distancia. Todas las cosas se congregaban, para el poeta, en el inmenso país de la memoria; "todo cabía en él".

Pero para poder alcanzar la plenitud de una pureza al mismo tiempo antigua y futura, era necesario encontrarse "por primera vez libre y sin país alguno", era preciso vivir "sin tiempo para los nuevos recuerdos". Por eso, sus últimos poemas nacen de la lucha por escapar de la memoria que, hasta entonces, la había sustentado. Ella sabía que más allá de la memoria están la paz, la libertad y la vida, y que existe un recuerdo virgen más allá, también, de la memoria:

*En un país de la memoria
por años y años yo erraba sin salir
en un país de la memoria
escondido país, con rigor yo viví.*

*Y si llegaba a la salida
alguien de nuevo me hacía entrar
en un país de la memoria
que era país de la ansiedad.*

*Por un tiempo más largo que el de la juventud
conocí los dominios de entrar y de salir
de aquel país de la memoria
sometido a la ausencia, memorable país.*

.....
*Aquel país surcado de innumerables ríos
que ningún mar devoraba,
sólo el mar de la ausencia para siempre
extendido entre mis ojos
y el mar de la espuma y el mar de la hierba.*

.....
*Desaparece ahora el anillo de humo
sobre el mar de la ausencia alargado en mis ojos
y be de salir de la memoria,
camino lento que serpentea
cuando no miro atrás ni tampoco adelante
y de soslayo veo las cosas
como si fueran otras.*

*Por vez primera libre y sin país alguno
adonde pueda volver
en una misma noche entro, sin distinguir
su ligereza y su peso.*

.....
*He de salir de la antigua memoria
extranjera a los climas que no fueron sus climas,
sin tiempo para los nuevos recuerdos.*

*Un canto llega a mi boca,
como si nunca hubiese sido mío,
escucho sin hablar y alguna vez lo sigo.*

("En un país de la memoria")

"El nombre *En un país de la memoria* —escribe Susana Soca en el prólogo de su libro—, está dado a modo de evocación. Se trata de un país familiar y perdido, recordado y presente, un país en el que ya no vivo.

La ruptura se produjo en el momento en que la memoria cesó de actuar como personaje central en el drama y de imponer a todos los temas sus específicas formas. En una palabra, aligeró su tiranía dejando en libertad otras vivencias poéticas para que pudieran ser encaminadas hacia un sentido más general de las cosas. Pero había que empezar de nuevo, reaprender en el vacío los gestos antes naturalmente ejecutados; y los poemas de ese período traducen el asombro ante una «tercera vida». El poeta parece decirnos que así como existe una vida anterior a la vida de la memoria, también existe otra posterior a ella. Esta "tercera vida" no es, en realidad, una forma del olvido, ella representa, por lo contrario, el esplendor de una presencia absoluta que hace innecesarios los recuerdos para el alma que vive su infatigable maravilla. El tema de la "tercera vida" se inspira, probablemente, en las coplas de Jorge Manrique, quien nos habla de tres vidas: la temporal y perecedera, la de la fama o del renombre y, por último, la ultraterrena y eterna. La segunda vida fue, para Susana Soca, la de la memoria sin consuelo, la del recuerdo entrañable y doloroso, que renombra, busca nuevos nombres para lo ya perdido en el tiempo. Por eso:

*"No sirven las palabras que en otra vida acaban.
En el amanecer de una tercera vida
las cosas se retiran de sus nombres,
desencontradas van por tranquilos lugares
apenas lisos y resbaladizos".*

No. Para la poesía "no sirven las palabras que en otra vida acaban"; y las únicas palabras que no se acaban son aquellas que pueden identificarse con la existencia intransferible de lo nombrado, las palabras que existen de verdad, porque de verdad pueden morir, y viajar, después de muertas —despojadas de la fama anónima de sus nombres comunes—, por los tranquilos lugares de un país sin memoria. Por eso Susana Soca casi nunca nombra a Dios, y por eso Dios está casi siempre detrás de sus palabras temerosas de traficar con las cosas santas, sólo atentas a dar testimonio:

*"del esplendor de los vivientes cosas
devoradoras, devoradas
para morir o hacer morir".*

*La prodigieuse Susana est unique dans mon souvenir,
merveilleuse d'intelligence et de bonté profonde. Elle est
irremplaçable dans mon cœur.*

VALENTINE HUGO.



a Susana Lora
Para Tompore

Valentina Hugo

INDICE

	<u>Pág.</u>
E. M. CIORAN: Elle n'était pas d'ici	9
MARCEL JOUHANDEAU: Enlèvement	11
JOSE BERGAMIN: Paisaje del recuerdo	13
JORGE LUIS BORGES: Susana Soca	17
JUANA DE IBARBOUROU: Susana Soca	19
JULES SUPERVIELLE: Susana Soca	21
JORGE GUILLEN: Susana Soca	23
CARLOS SABAT ERCASTY: Un recuerdo de Susana Soca ...	25
LANZA DEL VASTO: A Susana	29
ALVARO ARMANDO VASSEUR: Presencia de Susana Soca	31
GIUSEPPE UNGARETTI: Susana Soca	33
HENRI MICHAUX: Souvenir de Susana Soca	35
ESTHER DE CACERES: Canto herido	37
MARIA ZAMBRANO: Ausencia de Susana Soca	39
SHERBAN SIDÉRY: "Nous ne nous verrons plus sur terre" ..	41
MARCEL JOUHANDEAU: Recuerdo de Susana Soca	43
EMILIO ORIBE: A Susana Soca	45
ENRIQUE LENTINI: Soledad y poesía de Susana Soca	47
RICARDO PASEYRO: Susana Soca y su poesía	51
GUIDO CASTILLO: Transparencia y misterio en la poesía de Susana Soca	59
SUSANA SOCA: Aniversario	71
SUSANA SOCA: Jardins Humides	75
SUSANA SOCA: Retorno	77
SUSANA SOCA: Kierkegaard	81
SUSANA SOCA: "La nube de la ignorancia"	91